

La sensación de un peligro invisible

EDUARDO A. BOHORQUEZ

Después de lamas y tantas horas de mirar los programas noticiosos, leer los diarios y escuchar a los comentaristas radiofónicos, podemos llamarlo perogrullo: los conflictos son y serán el elemento permanente de nuestras vidas. Caminamos con ellos. Siempre lo hemos hecho. Una y otra vez vienen a nuestra mente las grandes hazañas históricas: el sentido social de una lucha por "tierra y libertad" en Morelos, un grupo de hombres irritados vaciando el té inglés en el puerto de Boston como preludio independentista, el comodoro Perry llamando a la puerta comercial del Japón con sus cañones de acero, la derrota de la "magnífica" flota española frente a la Florida. La maravilla histórica se extiende hasta el rango de las revoluciones, transformaciones radicales propuestas para cambiar el mundo y la forma en que lo mirábamos antes de que éstas aparecieran. La revolución inglesa de 1688, la de las trece colonias, las guerras de independencia en el XIX centro y sudamericano, la revolución bolchevique del 17, se convirtieron en momentos virtuosos del curso histórico, en verdaderas *arias* en la gran ópera del mundo. De esta forma, y sin contar los costos civiles, militares y económicos, el encantamiento provocado por el cambio histórico profundo llenó las páginas de los libros y extendía los orgullos nacionales. El conflicto, visto como una de las caras del progreso. Expiación o emancipación, los distintos "motores de la historia" marchaban siempre hacia la mejoría del hombre.

Sin embargo, la intensidad de los cambios y su dirección última no han sido sino relativamente satisfactorios. Al contrastar sus resultados, esa visión grandilocuente de la historia se estrelló contra dos muros críticos. El primero daba cuenta de un curso histórico que, al disiparse el humo del *momentum* heroico, desataba tensiones nuevas o recuperaba algunas del "antiguo régimen". De las contradicciones del espíritu moderno a las catástrofes stalinistas, los *avances* humanos se desvanecían en las prácticas cotidianas, en la historia de todos los días. En la dicotomía entre cambio y permanencia, el progreso humano abandonaba la ecuación cuadrática —crecimiento y mejora permanentes— para enfrentar resistencias, contrarrevoluciones, conservadurismos. Los paraísos tendrían que olvidar el mito de su posible conquista. La segunda crítica relacionó las ventajas del desarrollo tecnológico y los avances técnicos con la concentración de nuevas formas de poder. La revolución industrial puso el acento en las diferencias nacionales, fungiendo como novedoso pretexto de los imperios que buscaban mantener y extender su dominio dentro del nuevo sistema mundial. Tal y como lo sostiene esta visión crítica, los grandes avances tecnológicos de la humanidad, atrapados en su propio discurso, sólo llegaban a unos cuantos. En la práctica, la distribución de los "logros" tardaría mucho en agregar el adjetivo "humanos".

Los últimos años no suspendieron las intenciones heroicas de la historia. Después de las revoluciones de principio de siglo, un par de guerras mundiales y un enfrentamiento que dividía al globo en dos grandes grupos, la historia espectacular puede definirse como una de las constantes del siglo. Tanto por el total de las pérdidas humanas como por la crudeza de los ataques, el siglo por terminar gozó del predominio de la violencia dentro y fuera de los estados, pero de forma aún más espectacular entre pequeñas etnias, nacionalidades o culturas. Herencia del XIX, los nacionalismos han cubierto buena parte de nuestra historia

ultramoderna. Al terminar el siglo, la dimensión y rumbo del conflicto consigna inevitablemente los años futuros.

Una visita a los conflictos futuros

Las grandes teorías enuncian para el futuro conflictos de dimensiones generosas y brutales. Escuchamos con frecuencia nombrar una tercera guerra, esta vez comercial, que enfrentará a los Estados-nación —unidos en bloques comerciales— hasta que se gaste el último de los dólares, o los ECUs. Estas sin embargo, no representarán una amenaza permanente a la estabilidad, en el entendido de que el número de conflictos más nutrido quedará en el rango de otro tipo de actores, distintos a los Estados-nación. De hecho, la emergencia de nuevos actores o la alteración de su peso específico han obligado, tanto a los organismos encargados de las políticas públicas como a los académicos, ha replantear sus miras. En vez de la tradición en el análisis global mediante actores estatales, los investigadores se acercan a los fenómenos transnacionales (narcotráfico, comercio entre ciudades fronterizas, movimientos ecológicos, terrorismo o choques interétnicos) y a los de origen local (disturbios en las ciudades, movimientos guerrilleros, secesiones, enfrentamientos sindicales, inseguridad y violencia cotidiana). Como es natural suponer, éste tipo de conflictos y no el de las guerras comerciales, concentrarán el mayor número de recursos económicos y sociales, sin olvidar que representan el mercado mayor para cierto tipo de negocios en apariencia olvidados con el fin de la historia y el triunfo de la democracia occidental.

De este modo, la división entre temas de política exterior e interna resulta menos clara. El ejemplo arquetípico lo constituye el crimen organizado. Si la Guerra Fría mantuvo a los organismos de inteligencia en el ojo del huracán, el crecimiento y transnacionalización de diversos tipos de crimen organizado han concedido un lugar preferente a otro tipo de instancias, tradicionalmente circunscritas a las federaciones. Hoy podremos ver sin asombro como Louis Freeh, el director de la Oficina Federal de Investigaciones (FBI, por sus siglas en inglés) ha conseguido reforzar el presupuesto para esa agencia del gobierno norteamericano, mientras diseña una agenda que pretende extender la presencia operativa en otros países.

Por otro lado, los conflictos estatales o locales son la crisis invisible de todos los días. De acuerdo con una investigación de Govea y West, publicada en 1981, tan sólo en Latinoamérica hubieron 482 disturbios de importancia entre 1949 y 1963. Por extrapolación lógica, es fácil establecer que durante los treinta años siguientes no se redujo esta cifra. La inestabilidad de los gobiernos latinoamericanos, los resultados dramáticos de sus políticas económicas, el crecimiento de la pobreza, las tendencias poblacionales, entre otros factores, han multiplicado las posibilidades de conflicto en los próximos años. Ahora bien, si nos concentramos en el caso de las políticas de ajuste estructural —tan frecuentes en la última década en los países en desarrollo—, tres variables tienen un efecto en la frecuencia de los actos de violencia sociopolítica: la distribución de la tierra, la inequidad en el ingreso y la tasa de crecimiento de este último. No obstante, como señalan Lafay y Lecillon:

"C..) la relación entre ajuste económico e inestabilidad política sigue siendo difícil de determinar. Si tomamos la inestabilidad en su sentido amplio —incluyendo las protestas (colectivas, los desórdenes, las huelgas políticas, las manifestaciones antigobierno), los actos de guerra civil (asesinatos, ataques armados), así como las transferencias

irregulares de poder— es posible detectar relaciones estadísticas significativas entre la inestabilidad y la presencia de un programa del FMI, aunque no es posible establecer la existencia de una relación causal"

Lamentablemente, la explicación "FMI" para la aparición de conflictos no es del todo satisfactoria. Más allá de una correlación significativa entre reformas estructurales y tensiones sociopolíticas, existen elementos externos que facilitan el conflicto. Uno de ellos, tal vez el más delicado, es el tamaño y precio de los arsenales. Aunque la desproporción en el gasto militar^e (el gobierno norteamericano rebasa los 275 millones de dólares, casi 35% del gasto militar del mundo en 1993) muestra una notable diferencia entre los ganadores de la Guerra Fría y el resto del mundo (Estados Unidos y la OTAN concentran más del 55% del total y Rusia menos del 10%), y ante los anuncios oficiales de una reducción en los presupuestos militares (Estados Unidos bajaron de su promedio de 300 millones de dólares a cerca de 260 en este año), la realidad bélica podría ser mucho más compleja bajo dos presupuestos: 1) La posibilidad de armar fuerzas convencionales poco vulnerables con una reducción de 40%³ en el precio; 2) la creciente oferta proveniente de los países involucrados en el fin de la Guerra Fría y la proliferación de los conflictos interétnicos. Nuevamente, los espacios de conflicto podrían verse incrementados por el costo de las operaciones militares y la extraordinaria oferta de los mercados "negros" en Europa del Este. ¿Guerras comerciales espectaculares? ¿Enfrentamientos virtuales vía Internet? ¿Grandes revoluciones sociales? Probablemente. Pero el mayor número de conflictos, de enfrentamientos sistemáticos, de tensiones sociales, no podrán ser vistos por la TV. Se trata de percibir un peligro invisible

1. Este es el argumento de S.R. Sidell, en *The Third World Political Instability: Is there a Connection?*, Londres, Macmillan Press, 1988. Citado por Jean-Dominique Lafay and Jacques Lecaillon, *The Political Dimension of Economic Adjustment*, Development Centre Studies, Paris, OECD/OCDE, 1993. 139 pp.

2. Datos provenientes de *Defense Planning for the Late 1990's*, de Michael (Manion, Brookings Institution, 1995, publicados en *Scientific American*, diciembre de 1995, p.78.

3. Este es el argumento de Philip Morrison y Paul F. Walker, quienes sugerían en 1978 que "una defensa relativamente barata podría construirse con municiones de precisión (...) con un recorte de 40%". Citado en *Scientific American*, diciembre de 1995, p.78.